



REVISTA POLÍTICA LATINOAMERICANA
Publicación digital semestral
ISSN: 2618-530X
Director: Mario Toer
<https://politicalatinoamericana.org/revista>

URUGUAY: AVANCES Y DESAFÍOS DEL FRENTE AMPLIO

URUGUAY: PROGRESS AND CHALLENGES OF THE FRENTE AMPLIO

Manuel Lozano

Estudiante de la Licenciatura en Ciencia Política, UBA.

Correo: lozanomanuelcp@gmail.com / manuu.lozano@hotmail.com

RESUMEN

El artículo realiza un recorrido sobre la situación política de la República Oriental del Uruguay desde el retorno de la democracia en el año 1985 dividiendo tres momentos. El primero serán las reformas estructurales (1985-2000) de corte neoliberal, al respecto se analiza cómo se desarrollaron, qué límites tuvieron y cómo fue la configuración política de los tres gobiernos que ocupan esa etapa en el Uruguay. El segundo momento será la crisis que generaron esas políticas neoliberales, el giro a la izquierda que se produce con los gobiernos del Frente Amplio (2005-2020) y sus características. El tercer momento, es en el contexto de actualidad, donde la derrota electoral del Frente Amplio a manos de Lacalle Pou y la Coalición Multicolor abre algunos interrogantes. Pensar por qué se dio la derrota del Frente Amplio luego de quince años en el gobierno, qué factores fueron influyentes y qué actores forman parte del nuevo gobierno de la Coalición, abre y configura un nuevo escenario en el cual se plantean nuevos y viejos desafíos que pueden generar cambios y continuidades en la política nacional.

Palabras clave: Uruguay, Frente Amplio.

ABSTRACT

The article takes a tour of the political situation in the Eastern Republic of Uruguay since the return of democracy in 1985, dividing three moments. The first will be the neoliberal structural reforms (1985-2000). In this regard, we analyze how they were developed, what limits they had, and how was the political configuration of the three governments that occupy that stage in Uruguay. The second moment will be the crisis generated by these neoliberal policies, the shift to the left that occurs with the Frente Amplio governments (2005-2020) and its characteristics. The third moment is in the current context, where the electoral defeat of the Frente Amplio at the hands of Lacalle Pou and the Coalición Multicolor opens up some questions. Thinking about why the Frente Amplio was defeated after fifteen years in office, what factors were influential and which actors are part of the new Coalition government, opens and configures a new scenario in which new and old challenges are posed, they can generate changes and continuities in national politics.

Keywords: Uruguay, Frente Amplio.

Introducción

La historia de los partidos políticos en la República Oriental del Uruguay durante el siglo XX da cuentas de un bipartidismo bien claro. Los sucesivos presidentes constitucionales siempre han sido electos entre el Partido Colorado y el Partido Nacional. Desde la década de 1930 hasta la reforma Constitucional de 1996 en este país existió la Ley de Lemas, esta fue la que le dio forma al sistema político uruguayo. La ley permitía generar la mayor representatividad posible y a su vez la competencia entre las élites. Así la explica Jorge Lanzaro:

Este régimen llega a ensanchar al máximo la representación proporcional en el parlamento, manteniendo un principio de mayoría simple, a pluralidad, para la elección presidencial directa. Adopta el “doble voto simultáneo” (por partido y por distintas candidaturas dentro del partido), con un mecanismo en el que las internas de cada colectividad se juegan públicamente en las elecciones nacionales, permitiendo que las fracciones de un lema midan sus fuerzas abiertamente, pero a la vez acumulen votos, compitiendo entre sí y con los adversarios, en el mismo acto. (2001:285)

Hasta 1958, durante más de noventa años, el Partido Colorado retuvo en su poder la presidencia de la nación, sin embargo, esto no significó que haya sido un sistema de partido único. Por el contrario, el propio diseño institucional del sistema político hacía que haya una participación por parte del Partido Nacional. Los atributos del sistema político eran: la representación proporcional; las mayorías especiales para el tratamiento de temáticas consideradas estratégicas; la distribución de los cuerpos de contralor así como también en los servicios estatales. Todos estos hicieron que durante el periodo democrático existiera un sistema de coparticipación entre el Partido Colorado y el Partido Nacional. Este concepto de coparticipación se vuelve trascendental para comprender el desenvolvimiento de la política, así fue que se constituyó en Uruguay una forma de gobierno que tomó características de la sociedad, evitando cambios bruscos y con un fuerte compromiso ciudadano.

Como mencionamos más arriba, el Partido Colorado gobernó durante más de noventa años seguidos. Dentro de este largo periodo se destaca la presidencia de Batlle y Ordoñez que constituyó el Uruguay moderno que durante el siglo XX lo colocó en la vanguardia de diversos temas. José Batlle y Ordoñez fue presidente en 1903-1907 y 1911-1915 allí logró trascender su gobierno y constituyó una corriente muy fuerte dentro de su partido conocida como el batllismo, que fue una de las precursoras en el Estado de Bienestar. Solo con ver las fechas de su gobierno y comparar los modelos de Estado de Bienestar en la región, veremos lo temprana que fueron estas medidas. Un modelo de Estado que resalta el papel del sector público en la necesidad de dirimir pacíficamente los conflictos, con fuerte protección social y donde se defendía el empleo y la producción nacional. Incluso en 1918 se declara en la Constitución que Uruguay no sostiene religión alguna, que todos los cultos religiosos son libres y separando así a la Iglesia del Estado.

El Partido Colorado y el Partido Nacional fueron los dos actores que dominaron la escena política del Uruguay al menos hasta la década de 1960. La victoria del Partido Nacional (1959) puso fin a ese modelo de Bienestar alcanzado por el batllismo donde la

expansión del Estado era una característica central. Este abandono tuvo su continuidad hasta comienzos del siglo XXI. Así fue que este cambio en el modelo de Estado uruguayo, que si bien fue gradual pero fue un cambio al fin, significó que los partidos tradicionales ya no eran los únicos con participación. La izquierda va a desarrollar diversas expresiones como el Partido Comunista que constituyó un frente político denominado Frente de Izquierda de Liberación (FIDEL) como también el Partido Socialista con el frente Unión Popular. Toer (2018:147) señala que el sistema electoral restringía las posibilidades de competencia lo que sirvió de argumento para constituir el grupo clandestino denominado Tupamaros. En un contexto de auge de la Revolución Cubana donde las guerrillas ya sean rurales con su teoría del foco o urbanas asimiladas para las grandes ciudades, los Tupamaros fueron quienes llevaron adelante esta práctica en el país oriental.

Recordemos que en esos años la región vive una época convulsionada y contestaría de la política. En 1970 la llegada de Salvador Allende al gobierno de Chile a través de Unidad Popular con el denominado Socialismo Democrático, hace que el propio Fidel Castro se incline por la opción democrática abandonando la teoría del foquismo impulsada por sectores de la izquierda. Así, esta victoria sirvió de esperanza para todo un sector de la política latinoamericana y Uruguay iba a tener su propuesta también: el Frente Amplio.

En 1971 confluyen el Frente de Izquierda de Liberación, el frente Unidad Popular, sectores de la Democracia Cristiana y con el apoyo de sectores obreros y estudiantiles se constituye el Frente Amplio. Si bien su carrera electoral se vio obturada por el golpe de Estado de 1973 a través del cierre del Congreso, este partido tendrá a partir de su nacimiento un crecimiento político y electoral sostenido en el tiempo. El hecho de que este crecimiento se sostenga a lo largo del tiempo no es un hecho menor, como veremos más adelante el Frente Amplio se constituye como una tercera fuerza que se vuelve disruptiva con el sistema político transformándolo; y a su vez, encierra una característica singular con respecto a la situación regional de las fuerzas políticas de izquierda:

Lo del Uruguay tampoco se parece al resto. Se trata del único conglomerado que resurge del tiempo previo a la dictadura, reforzado con la incorporación al Frente de los ex *Tupamaros*, y que armado de paciencia se fue abriendo paso entre los partidos ancestrales del país. (Toer 2018:237)

En este sentido, su singularidad radica en la capacidad de sobrevivir al periodo de la dictadura de 1973 y 1985, donde una vez realizada la transición y la vuelta al juego democrático sin proscripciones es capaz de participar de las elecciones.

Una vez finalizados los gobiernos dictatoriales en la región a través de diversas formas, se produjeron las transiciones a la democracia. Estas podían ser acordadas como el caso de Uruguay y Chile o no acordadas como el caso de Argentina. Sin embargo, el contexto global ya no era el mismo.

1. Primer momento: las reformas estructurales

1.1. El contexto latinoamericano

El capitalismo había asumido una forma diferente donde se cambió el régimen de acumulación. El famoso “win-win” y el proceso de democratización del consumo como base para la ganancia de los empresarios que constituían el Estado de Bienestar se había terminado. Como lo marcan en su texto López y Díaz Pérez (1990:2/3) desde 1950 hasta fines de la década de 1960 se dieron los años de oro del capitalismo industrializado y hacia 1973 la crisis del modelo de acumulación ya era una realidad. La crisis se dio por una tasa de ganancia del capital que dejó de crecer al ritmo de la economía sumada al shock que produjo el aumento del valor del petróleo lo que desencadenó en un proceso de estanflación (recesión más inflación).

Cuando en los '70 entre en crisis el mundo industrializado, se asiste a lo que Ominami (1987) llama un intento de “regulación privada” liderada por los agentes financieros transnacionalizados y basada sobre una creación monetaria autónoma, canalizada a través de la oferta internacional de crédito (...) el endeudamiento de la periferia se tradujo en exportaciones para los países industrializados. La crisis de la deuda en los '80 marca el fin de esta etapa. (López y Díaz Pérez, 1990:7)

Así se asistió a la crisis de los países industrializados durante la década de los '70 que generó efectos sobre los países latinoamericanos impidiendo la continuidad del crecimiento, provocando que estos países entren en crisis durante la década de 1980. Esta década se caracterizó por el impacto que generó la crisis de las deudas externas que desencadenó en la construcción de una agenda que apueste por la liberalización de la economía con el avance de la acumulación privada y la competencia internacional.

Ahora bien, ¿Cómo se instaló la idea de la liberalización de la economía en las agendas latinoamericanas? Juan Carlos Torre (1998) pone el foco en las elites gubernamentales y el desafío que tienen por las presiones recibidas tanto en el frente externo como en el interno a la hora de enfrentar la crisis de deuda externa. La decisión de llevar adelante estas reformas y la eficacia de las mismas está dada por el comportamiento de ellas:

... las preferencias políticas tanto de la comunidad financiera internacional como de los empresarios, los trabajadores y demás grupos de interés locales no entran necesariamente en forma directa en el proceso de reformas; antes, bien, son filtradas por las orientaciones ideológicas y los cálculos políticos de los líderes de gobierno que son, en definitiva, quienes sancionan y autorizan la continuidad o el cambio en las políticas públicas. (Torre, 1998:3)

Sin embargo, no es la voluntad la única característica necesaria para su implementación, el rol activo de las élites se ve limitado por una serie de factores, como son las reglas de juego de la política, la capacidad burocrática de aplicarlas por parte del Estado, el momento histórico en que se quieran aplicar, la presión de organismos internacionales y por último, no mucho menos importante, la correlación de fuerzas en el gobierno para

poder llevarlas adelante. Esta última cuestión es algo que veremos en el caso de Uruguay y el intento por llevarlas adelante, demostrando que la aplicación de las reformas no es un simple hecho de administración burocrática sino que pone en tensión el desarrollo de las fuerzas dentro de la política.

Según Torre existe una paradoja con respecto a las reformas estructurales que es que muchos de los líderes que las llevaron adelante no tuvieron en su plataforma electoral la tesis del neoliberalismo económico. Esto se da porque los líderes políticos producto de la crisis de deuda externa es que vieron la necesidad de estabilizar las economías para poder producir transformaciones. Si el régimen político no es estable o se ve constantemente amenazado, la supervivencia se ve puesta en jaque y ahí no existen posibilidades de detentar el poder y generar la construcción de proyectos políticos.

Las reformas que se realizaron en la década de 1980 no alcanzaron para hacer frente a una crisis que se profundizaba cada vez más y así fue que se ubicó en la agenda la “solución” neoliberal. Además hay que agregar que la disconformidad interna no era la única presión, desde el plano internacional hubo mucha influencia. Así lo señala Torre:

Al incrementarse las necesidades financieras de los gobiernos se volvieron insoslayables las demandas y las exigencias de aquellos actores de cuyas decisiones dependía la salud de las cuentas públicas y la actividad económica en su conjunto: los organismos multilaterales de crédito, los bancos y los países acreedores en el marco de las negociaciones de la deuda externa. Entre ellos el mayor protagonismo correspondió de lejos a los Estados Unidos que por medio de una diplomacia informal hecha de premios y castigos supo aleccionar a los países endeudados sobre las ventajas de la cooperación y el riesgo de actitudes confrontativas. (1998:13)

Estos premios y castigos ejercidos por los Estados Unidos incluían la tentadora propuesta de que si se cumplían con esas reformas llegaría al país una fuerte asistencia financiera.

1.2. Los tres gobiernos neoliberales del Uruguay

En 1985 se produce el primer gobierno democrático en Uruguay luego de la salida de la dictadura. El retorno a la democracia se dio con la presidencia de Sanguinetti y bajo la Constitución de 1966 la cual mantenía el viejo sistema político. Como veremos, producto de las características específicas de Uruguay, las reformas estructurales de las que venimos hablando se dieron en un proceso gradual que poco a poco tomaron su impronta neoliberal.

Para entender por qué las reformas se dieron de forma gradual y progresiva es necesario analizar cómo fue mutando el sistema de partidos, qué tipo de alianzas se dieron y qué implicó la reforma de la Constitución en 1996.

El sistema político de Uruguay tiene como característica principal la necesidad de acuerdos decisivos ya que la propia Ley de Lemas que antes mencionamos ordena el

juego. El presidente entonces debe construir un equilibrio de fuerzas hacia dentro del partido pero también hacia afuera para poder lograr ciertos avances. Puesto que esto demuestra porqué en la política de Uruguay las transformaciones son de carácter lento y gradual. Además la oposición participa en los directorios de algunos organismos estatales junto con el oficialismo, lo que genera un ambiente idóneo para que la cooperación sea la que genere la gobernabilidad necesaria.

Es interesante la distinción que realiza Ruiz Valerio (2004) con respecto a la cooperación, coparticipación y la coalición. Esto nos permitirá identificar cómo se va transformando el escenario político entre el Partido Nacional, el Partido Colorado y el sostenido crecimiento que tuvo el Frente Amplio.

... cooperación, el que será aplicado a los acuerdos parlamentarios o apoyos al gobierno por parte de los partidos de la oposición y las fracciones disidentes del propio partido presidencial, los que no alcanzan a traducirse nunca en la ocupación de cargos ministeriales por parte de los mismos de forma clara y reconocida; coparticipación, que alude a la participación en la dirección y gestión de los entes oficiales y sus recursos; y el término coalición, aplicable sólo a aquellos casos en los que los acuerdos y apoyos se manifiesten en la ocupación de cargos en el gabinete, como signo de compromiso político claro e institucional entre las partes. (Ruiz Valerio, 2004:5)

De estas tres distinciones la cooperación y la coparticipación era algo que se podía desarrollar de forma habitual, sin embargo, la construcción de una coalición era algo que nunca había sucedido hasta 1995. Esto fue producto del crecimiento que mencionamos del Frente Amplio que obligó a que los partidos tradicionales se juntaran para hacerle frente y que tendrá su formalización con la reforma de la Constitución como veremos más adelante.

Sanguinetti en las elecciones de 1984 obtuvo el 31% de los votos lo que lo consagró como Presidente aunque con la falta de una mayoría legislativa propia. La necesidad de garantizar la transición democrática implicó una situación que lo obligó a constituir, como destaca Lanzaro, un pacto de “gobernabilidad” (2001:295) con el Partido Nacional. Para ello hubo dos ministros del Partido Nacional que fueron designados pese a que no se los presentaba como una decisión orgánica sino como muestra de voluntad en este pacto. Sin embargo su gobierno no pudo lograr ninguna reforma estructural y ante la mirada crítica por la falta de soluciones es que no pudo ser reelecto en 1989.

En estas elecciones quien se impone es el Partido Nacional, dándole la victoria para presidente a Luis Alberto Lacalle. Fue el candidato más efusivo en cuanto a plantear en su plataforma electoral una agenda de reformas neoliberales. Lo que nos plantea la paradoja de la paradoja. Previamente habíamos mencionado que aquellos líderes que impulsaron las reformas neoliberales mayoritariamente no las habían mencionado en sus campañas electorales, aquí la figura de Lacalle representa esa doble paradoja. El que verdaderamente se propuso llevarlas adelante, no tuvo capacidad de hacerlo. Demostrando que el argumento voluntarista para con las élites gobernantes no es suficiente para poder llevarlas adelante.

La imposibilidad de producir reformas estuvo marcada por la posición clara de la izquierda en ser su oposición y un Partido Colorado que dio un apoyo sin mucho compromiso que con el tiempo se fue perdiendo cada vez más. Así lo señala Ruiz Valerio:

Con el transcurso del tiempo, Sanguinetti primero y Batlle después, prefirieron marcar distancia respecto del Ejecutivo, sacando a sus hombres del gabinete (...) los procesos de negociación y acuerdo legislativo se tornaron dificultosos. Se formó una “coalición de veto” integrada por la izquierda, los sindicatos y las fracciones minoritarias de los partidos tradicionales, que ejerció una oposición férrea frente a algunas políticas del gobierno. (2004:9)

Se debe sumar que, además, la sociedad uruguaya tiene una histórica participación de los procesos a través de consultas populares y plebiscitos. Es así el intento de reforma constitucional de 1994 que fue rechazada por más del 62% en una consulta popular, dando por tierra todo tipo de posibilidad de generar cambios para el gobierno de Lacalle.

La segunda presidencia de Sanguinetti (1995-2000) va a ser muy particular y va a producir un punto de inflexión en la forma de gobernar por parte de los partidos. Ya en la campaña electoral y en los resultados se vio un cambio en la política uruguaya. La nación oriental se caracterizaba por una estabilidad partidaria bipartita que se rompió; los resultados fueron muy ajustados entre el Partido Colorado, el Partido Nacional y el Frente Amplio.

El liderazgo de Sanguinetti le permitió construir una hegemonía dentro del partido evitando negociaciones que lo puedan perjudicar, lo cual le permitió priorizar sus negociaciones con el Partido Nacional. Esta cantidad de posibilidades para el Partido Nacional dentro del gobierno de Sanguinetti fue lo que configuró la posibilidad de realizar por primera vez en la historia una gran coalición entre todos los sectores del Partido Colorado y el Partido Nacional. A esta coalición se opone la postura del Frente Amplio, que será una muestra de lo que serán los años venideros en la política del Uruguay.

Con la correlación de fuerzas a favor, el gobierno de Sanguinetti impulsa rápidamente una agenda de reformas estructurales. La primera fue el sistema de seguridad social. Le siguieron el ajuste fiscal, reforma educativa, reforma judicial y la que materializará ese escenario político que se venía desarrollando: la reforma constitucional que tuvo como objetivo principal evitar el triunfo del Frente Amplio en las siguientes elecciones.

Así fue que se avanzó con un proceso de reformas estructurales que también se vieron alentadas por el escenario de la política electoral. El liderazgo hacia dentro de su partido y la amenaza del Frente Amplio como posibilidad real de obtener la presidencia fueron determinantes para la construcción de esta coalición de “dos contra uno” como define Lanzaro. Coalición que conjugó la agenda de reformas neoliberales más la reforma electoral que buscaba beneficiarlos en las próximas elecciones.

La reforma constitucional modificó lo que históricamente fue la Ley de Lemas por un régimen de mayoría absoluta con la incorporación del ballottage entre las dos fórmulas más votadas. Se constituye la candidatura única por partido que se definirá a través de elecciones primarias, simultaneas y obligatorias. Y a su vez se separan las elecciones municipales de las nacionales.

Con estas reformas llevadas adelante es que se dan las elecciones de 1999. Si bien el Frente Amplio ganó en primera vuelta con el 40%, se impuso en el ballottage Jorge Batlle del Partido Colorado. Así en el año 2000 Batlle comienza su presidencia que tendrá como signo reformas todavía más profundas pero con factores que lo moderan porque si algo caracteriza históricamente a la política uruguaya, como hemos visto hasta ahora, es la moderación y el gradualismo de las transformaciones.

2. Segundo momento: la crisis de las reformas neoliberales y el giro a la izquierda

Una vez dentro del siglo XXI Uruguay va a institucionalizar a través del resultado electoral del 2004 una serie de cuestiones que hacían a la vida política, social y económica. Como señalamos previamente, desde 1959 se abrió un proceso donde el rol del Estado perdía potencia en contraposición con lo que habían sido los cincuenta años de la corriente del batllismo. Este retroceso en la capacidad del Estado como ordenador de la vida en sociedad tuvo su apogeo con las presidencias que acabamos de mencionar. El consenso de Washington y la agenda neoliberal era una realidad dentro de los límites y capacidades de la política uruguaya, donde los partidos tradicionales (Partido Nacional y Partido Colorado) abrazaron la causa y el Frente Amplio construyó una oposición clara a esas medidas. Es acá donde hay una cuestión que es trascendental para comprender los ritmos de la política nacional, esta es la cuestión internacional y más específicamente lo regional. La agenda neoliberal se había impuesto a lo largo y ancho del continente con las características del juego político de cada nación. En el caso uruguayo las transformaciones no habían podido ser totales pero, sin embargo, tuvo sus consecuencias.

La presidencia de Batlle mostró la crisis que habían generado este tipo de políticas impulsadas desde la dictadura (1973-1984) y en los diversos gobiernos democráticos blancos y colorados. Así lo señala Arocena:

Desde sus lejanos inicios en la política, y sin desmedro de su pertenencia a la familia del fundador del batllismo, Batlle ha mantenido un discurso nítidamente «mercado-céntrico» (...) Sus políticas no evitaron la crisis, más bien la agravaron. La crisis llegó a su pico en 2002, cuando cundió el hambre, el desempleo rozó el 20% y la producción cayó en una proporción del 14%. Entre los sectores menos favorecidos se acentuó fuertemente el sentimiento de que el Estado los había abandonado a su suerte. (2005:151)

Esta crisis era a nivel regional, las políticas neoliberales habían generado grandes brechas de desigualdad y tuvo su respuesta electoral: la llegada de Chavez en Venezuela, Lula en Brasil, Kirchner en Argentina; marcaban un cambio de época en América Latina. Y como destaca Marco Aurelio García (2008:119) “la situación es

inédita desde el punto de vista político: todos los gobiernos sudamericanos son resultado de elecciones libres y democráticas.”

La cuestión internacional siempre fue un factor clave para la definición interna de la política uruguaya, ya sea en sus contextos de crecimiento como en los de crisis como vimos con la agenda neoliberal o los períodos dictatoriales. Esta nación por su tamaño, su densidad poblacional y su aporte a la economía regional, se convierte en un país periférico donde depende de su buena relación con sus principales socios (Argentina y Brasil) como del resto del mundo.

Para comienzos del siglo XXI las izquierdas en latinoamérica habían adquirido un peso fundamental: el acceso a los gobiernos para la construcción de procesos populares y democráticos. Es así que en 2004, por primera vez en la historia del Uruguay, gana las elecciones un partido que no era ni el Partido Colorado ni el Partido Nacional.

Como destacamos previamente, el Frente Amplio desde el momento de su creación en 1971 hasta su llegada al gobierno mantuvo un crecimiento sostenido y gradual. Parece ser que el escenario político uruguayo tiende a necesitar un grado de asimilación que solo se dará por la aceptación en el tiempo y no por ruptura y emergencia. Dentro de este proceso Arocena destaca: “A comienzos de los años 90, el FA se había consolidado como partido único de la tradición de izquierda uruguaya y de la resistencia a la dictadura” (2005:148).

Así el Frente Amplio se constituyó como ese frente que recogía la mirada de los valores del batllismo y llega a la victoria en octubre de 2004 con una mayoría absoluta que, sin embargo, para construirla deberá atravesar diversas adecuaciones para ser aceptada por diversos actores importantes de la escena política.

Durante la campaña electoral Tabaré Vázquez anunció que si ganaba las elecciones, su ministro de economía sería Danilo Astori. Este tenía el visto bueno por parte de los empresarios y las instituciones financieras internacionales. Así, con esta decisión, Tabaré también fue graduando su discurso para evitar la fuga del voto del centro.

Si nos detenemos por un momento en la figura de Astori veremos los cambios que hubo en esta relación. A mediados de la década del 90 Tabaré Vázquez se impone como líder del Frente Amplio corriendo del lugar a Seregni y Astori (que en su momento era reelecto Senador). A lo largo de los años Astori y Vázquez se disputaron el liderazgo del Frente Amplio, por eso la designación de Astori se entendió como una jugada para tranquilizar a sectores más involucrados en el centrismo pero lo que más sorprendió fue que Astori tuvo un rol casi de “primer ministro” dentro del gobierno de Tabaré Vázquez, construyendo así una relación de aliados que, como veremos luego, llevará a que el propio Vázquez apoye abiertamente la candidatura a presidente de Astori en el año 2009.

Pero antes de continuar con los gobiernos del Frente Amplio, detengámonos un momento en una discusión de nivel regional que se plantea desde diversos autores respecto a la cuestión del giro a la izquierda a principios del siglo XXI, tratando de ver qué lugar ocupa Uruguay en este proceso de transformación a nivel latinoamericano.

En la cuestión del giro a la izquierda que caracteriza a la región producto de la crisis del Consenso de Washington, algunos autores discuten en torno al discurso político. Por ejemplo Ludolfo Paramio es uno de los que va a caracterizar a estos diversos gobiernos que conforman el giro a la izquierda entre dos grupos de una izquierda “populista” que se vuelve incompatible con las instituciones democráticas por su discurso polarizador; y una izquierda “democrática” que se mueve dentro de las reglas del juego y sus instituciones. En esta distinción dice:

Pero el populismo, incluso si se somete a las reglas de juego de la democracia, no es un proyecto democrático. Divide a la sociedad a través de su distinción maniquea entre sectores populares y oligárquicos, basa su discurso en la confrontación y no pretende crear ciudadanos, sino seguidores. (2006:72)

La izquierda democrática, para Paramio, va a ser esa que tuvo la posibilidad de que en su país exista una expresión partidaria con fuerte tradición en la participación política, con credibilidad y coherencia en el plano de las ideas. En cambio, aquellas izquierdas populistas como la Venezuela de Chavez, representan el descrédito que tuvo el sistema de partidos y la imposibilidad de una izquierda democrática que pudiera representar un proyecto viable.

Lo que se desprende de esta idea es que hay un solo modelo de izquierda aplicable a la política del juego electoral y que este modelo es lo que debe primar a la hora de la acción; dejando de lado un análisis mucho más profundo respecto a la particularidad y las complejidades de cada país en el desarrollo del sistema político así como también de las condiciones económicas y sociales.

En esta lectura de construcción de dos polos en el proceso del giro a la izquierda latinoamericano, se puede incorporar también la postura de Marco Aurelio García. Su construcción teórica responde a una división geográfica entre aquellos países que, por un lado, atravesaron un proceso de industrialización por sustitución de importaciones que son los países del Cono Sur (Argentina, Brasil, Chile y Uruguay) y, por otro lado, aquellos que no pudieron realizarlo y que poseen una desigualdad más profunda que son los de la Región Andina. Quizás lo que lo vuelve más interesante a la hora del análisis es lo que señala en el comienzo de su artículo: “no se trata de visiones realistas contra otras idealistas, ni de una izquierda buena contra una izquierda mala, sino de diferentes circunstancias históricas y diferentes intereses.” (2008:118). Así es que analiza a los países del Cono Sur en una perspectiva histórica remarcando el proceso de industrialización (en distintos niveles según el país) pero que generó una gran masa de trabajadores y su organización política; también el rol de las dictaduras, su salida con la posterior vuelta de las democracias, las políticas neoliberales y su fracaso que condujeron a la oleada renovadora de victorias como la de Lula en Brasil, la Concertación en Chile, Kirchner en Argentina y el Frente Amplio en Uruguay. En cambio, en los países de lo que denomina la Región Andina, las economías son muy distintas. No hubo un proceso de distribución y lo único que se profundizó fue el poder de una clase dominante rentista y parasitaria que tuvo como consecuencia una fuerte polarización social.

En estos países, la clase dominante rentista construyó sistemas políticos excluyentes. Algunos aparentemente estables, como el venezolano, en los que los partidos tradicionales se alternaron en el poder durante décadas. Otros resultaron más inestables, como revelan las sucesivas crisis en Bolivia y Ecuador o la aventura fujimorista en Perú. Pero todos se mantuvieron cada vez más lejos de las reivindicaciones populares y se mostraron poco sensibles a las demandas provenientes de la base de la sociedad, en especial de los pueblos originarios. (García 2008:124)

En cambio, a diferencia de estas posturas polares aparece la mirada de Ramírez Gallegos. Su planteo radica en la cuestión de que existen mucho más y mucho menos que dos formas de las izquierdas en América Latina, que cada una asumió una forma en particular de acuerdo al desarrollo de los conflictos y sus trayectorias pero que, al fin y al cabo, se puede decir que representan un ciclo político común a todas esas fuerzas. Por eso rechaza la idea de que existe una izquierda que es democrática y responsable y otra que es una izquierda populista y demagógica.

Para comprender con mayor rigor el ascenso de las izquierdas en América Latina se requiere, por el contrario, explorar los particulares contextos de su emergencia, los bloques de poder sobre los que se apoyan y los márgenes de maniobra que dejan las herencias institucionales forjadas en el largo periodo neoliberal. (Ramírez Gallegos 2006:32)

Por ello señala que existen cuatro elementos que hacen a esta idea de experiencias comunes que plantean el común desafío de poder superar al neoliberalismo y construir el particular ideario político. Estos cuatro elementos son: el retorno neodesarrollista de la acción estatal; la inserción soberana en el escenario internacional; el fomento a los experimentos de cooperación económica; y la innovación democrática. Estos elementos, para Ramírez Gallegos, son clave para pensar una agenda común en esta idea de mucho menos que dos izquierdas.

Así es que vemos tres posturas con respecto al giro a la izquierda que aconteció en América Latina a comienzos del siglo XXI. Como vimos, a lo largo de la historia, Uruguay ha mantenido una postura de cambios moderados, graduales y de largo recorrido. La política nacional, como mencionamos recientemente, acompaña casi en sintonía a los tiempos políticos de la región.

Los gobiernos del Frente Amplio entre Tabaré Vázquez y José Mujica tienen sus características específicas. La presidencia de Vázquez no implicó un cambio muy a la izquierda de las políticas sino más de centro con diversas reformas que implicó el retorno del viejo ideario de un Estado presente en las problemáticas sociales. La designación de Astori como Ministro de Economía y su rol casi de primer ministro, implicaba un fuerte guiño a esos sectores del electorado de centro así como también al empresariado nacional y poderes internacionales. En los primeros tres años del gobierno de Tabaré Vázquez, el cual contaba con mayoría parlamentaria, se impulsaron diversas políticas como la creación del Ministerio de Desarrollo Social y también la Agencia Nacional de Investigación e Innovación. Se hicieron reformas en materia tributaria, salud, educación y un acompañamiento grande a este último con el aumento

del presupuesto. Así se logró un fuerte avance en materia de políticas sociales por parte del Frente Amplio.

Una cuestión que resulta interesante para ubicar a Uruguay dentro de estos autores en base al giro a la izquierda es que los gobiernos del Frente Amplio forman parte de un juego político que, más allá de diversas cuestiones, les permite participar y que es ese mismo juego el que tiende a construir reformas paulatinas sin grandes saltos. Por eso es que en los términos de Paramio, cabe perfectamente en esa izquierda que denomina como democrática y responsable pero eso es a la vez una característica de todo el sistema político. No responde solo a una cuestión de voluntad por parte de un solo partido de izquierda sino de todo un entramado partidario e institucional que permite y acepta determinadas reglas del juego; especialmente entendiendo a la democracia, en última instancia, como un sistema de dominación política.

Esta cuestión es la que a su vez configura el escenario dentro de cada partido. En el 2009 hubo elecciones y la voluntad política del presidente Tabaré Vázquez era apoyar la candidatura de Danilo Astori. Sin embargo, la propia dinámica y discusiones del Frente Amplio impulsaron también la candidatura de José Mujica. Finalmente en octubre de 2009 se impuso como Presidente José Mujica por el Frente Amplio. Una de las cuestiones que más controversia generaba era su pasado dentro la militancia armada de los tupamaros, por eso fue el propio Mujica el que renunció al sector que pertenecía dentro del Frente Amplio para mostrarse lejos de una potencial “amenaza izquierdista” y además se asoció constantemente su imagen con la de Lula Da Silva. Esto destaca la cuestión de cómo es el sistema político influye en cada figura cuando le toca dirigir los destinos de la nación.

Ya en términos coyunturales, hay algunas cuestiones que se destacan de esa elección del 2009 son, en primer lugar, por primera vez desde que el Frente Amplio participaba en elecciones perdía votos en términos porcentuales. En segundo lugar, el Partido Colorado logró aumentar su caudal de votos respecto a la elección del 2004 que había sido de una mala performance. Aumentó de diez bancas de diputados a diecisiete y de tres a cinco en el Senado. También es importante destacar que el candidato del Partido Colorado, Pedro Bordaberry, anunció luego de las primarias que votaría por el candidato del Partido Nacional pero que no comprometía a la militancia del partido para que lo voten. Esta cuestión muestra lo distinto del escenario de alianzas de ese momento respecto a las elecciones de 1999 donde el Partido Nacional decidió acompañar pública y orgánicamente al candidato del Partido Colorado, Jorge Batlle.

Así fue que, con un porcentaje menor de votos respecto al 2004, José Mujica se consagró presidente electo con Danilo Astori como vicepresidente. Así destaca Adolfo Garcé a la política uruguaya y la centralidad que tienen los partidos.

Los primeros pasos de la gestión del Presidente José Mujica, como se verá a continuación, confirman la “hipótesis partidocéntrica”: en Uruguay no gobiernan las personas, gobiernan los partidos. Este punto de partida es fundamental para entender la actual coyuntura. (2010:530)

Esto nos marca ciertos puntos de continuidad y de cambio que hubo entre las diferentes presidencias. En términos de continuidad la cuestión de haber obtenido un resultado amplio en la elección le permitió que la gobernabilidad estuviera solo atada a la disciplina de los legisladores del Frente Amplio. Sin embargo, una diferencia entre el gobierno de Vázquez y Mujica radica en que este último buscó un buen clima de diálogo con la oposición. Sus discursos apelaban a la construcción de una figura presidencial de todos y no solamente frenteamplista. Incluso otro factor, que resulta complejo a la hora de analizarlo por su historia pero que se puede meter dentro del análisis del sistema partidario y cómo cuando son electos tienden ir hacia el centro, es la postura a favor de liberar a los presos de más de setenta años condenados por delitos contra los derechos humanos en la última dictadura. Según Garcé la llegada a la presidencia de Mujica cierra un ciclo de gran trascendencia en la historia política ya que este es una figura de aquel Movimiento de Liberación Nacional – Tupamaros.

Casi medio siglo después, uno de los fundadores de aquel movimiento guerrillero, recorriendo el camino de las urnas que antes desechaba, terminó convirtiéndose en presidente. Suele decirse que Uruguay tiene instituciones democráticas potentes. Me cuesta imaginar una demostración más elocuente. (2010:534)

Hemos visto cómo se plantea, en el plano de las ideas, la cuestión del giro a la izquierda en América Latina y también cómo se configura la posición de Uruguay en ese contexto. Por último, en relación a esto, resulta interesante lo que plantea Moreira (2015:93/94) respecto a contribuciones que tiene para hacer la izquierda uruguaya a la izquierda latinoamericana, que más que para tomar como características ideales a seguir permiten mostrar la esencia frenteamplista dentro de un marco político como es el de Uruguay. Estas son: en primer lugar, la unidad del Frente Amplio está fuera de discusión. La cultura del acuerdo, la existencia de reglas para el disenso, los largos congresos para la construcción del programa del partido permiten la renovación de la política de izquierda; en segundo lugar, la tradición laica en cuanto a que permite el avance de la agenda y conquista de los derechos; y por último, la tradición de lo público donde nadie discute su rol.

3. Tercer momento: contexto actual

Las elecciones de 2019 pusieron fin a los quince años de gobierno frenteamplista donde Luis Lacalle Pou asumió como presidente el primero de marzo. Así, con una nueva gestión y en plena pandemia del COVID-19, veamos qué cosas cambiaron y cómo se presenta el panorama político.

El 27 de octubre de 2019 se llevó a cabo la primera vuelta de las elecciones nacionales y arrojaron como resultado los siguientes números: en primer lugar con el 39% de los votos se posicionó el Frente Amplio, en segundo lugar con el 28% el Partido Nacional, el 12% para el Partido Colorado y el 11% para Cabildo Abierto. Este resultado no permitió que ninguna fórmula presidencial pudiera obtener la victoria en primera vuelta lo que obligó a realizar el ballotage. Frente a este resultado es que el Partido Nacional impulsó lo que se conoció como el “Acuerdo por el País” que establecía una agenda programática con diversos puntos como un acuerdo de gobierno entre los partidos de la oposición que se comprometieron en ella. De esta manera es que la mayoría de los

partidos de la oposición (Partido Colorado, Cabildo Abierto, Partido Independiente y Partido de la Gente) apoyaron la candidatura de Lacalle Pou para que pudiera acceder a la Presidencia de la República y conformaron la denominada Coalición Multicolor. De esta manera fue que se llegó a la segunda vuelta realizada el 24 de noviembre. Los resultados dieron una victoria ajustada al candidato del Partido Nacional con el 48,8% de los votos contra el 47,3% del Frente Amplio, una diferencia menor a cuarenta mil votos logró poner fin a la continuidad de los gobiernos frenteamplistas.

Lo que resulta importante destacar es que el resultado no parece mostrar el “fin de la izquierda” en Uruguay sino todo lo contrario, una fuerza progresista que después de quince años en el gobierno logra mantener un porcentaje alto y ser la fuerza principal en la contienda política. Ser oposición después de tantos años a cargo del ejecutivo es todo un desafío para la militancia frenteamplista pero analicemos el porqué de la derrota. ¿Qué factores influyeron para que en última instancia el electorado uruguayo se haya posicionado sobre la coalición multicolor? ¿Qué agenda se sobrepuso en la campaña?

El interrogante respecto a esta elección responde a ¿Por qué el Frente Amplio perdió la elección? Los números tan cercanos nos muestran, al menos en primera instancia, que no hubo un fuerte voto en rechazo al partido que gobernó en los últimos quince años. Por el contrario, podría plantearse que obtener un 47% de los votos en un ballottage plantea la capacidad del Frente Amplio para mantenerse en agenda y en disputa política. Sin embargo, lo que puede ser un dato alentador en el largo plazo frenteamplista, se presenta como una problemática en el presente. Luis Lacalle Pou ganó y hoy es quien detenta el poder del Ejecutivo en la República del Uruguay.

Si analizamos qué agenda fue la que logró imponerse en la campaña, veremos que hubo varias temáticas. Una es la inseguridad, quizás la temática más compleja para los sectores progresistas de la región donde muchas veces las posturas no son determinantes o en otras tantas donde ni siquiera se busca hablar del tema. No es ninguna novedad que la derecha utiliza esta problemática como caballo de batalla para todas las campañas electorales a través de un discurso de mano dura y represión, lisa y llanamente.

Durante el 2018, según un informe presentado por el Ministro del Interior y el Director Nacional de la Policía, los asesinatos aumentaron un 45% y los robos violentos un 53% con respecto al año anterior. Estos datos fueron utilizados por la coalición opositora que hizo un claro énfasis en la solución a esta problemática. Así quedó plasmado en el punto sexto del “Acuerdo por el País”:

El aumento de la delincuencia y del narcotráfico es la peor amenaza a los derechos humanos que hoy enfrenta el país. A eso se suma el funcionamiento inhumano de las cárceles, que, lejos de funcionar como vehículos de rehabilitación y reinserción, se han convertido en centros desde los que se dirige la actividad delictiva y donde se reproduce la cultura del delito. (2019:18)

Esta cuestión bien aprovechada en campaña alude a conceptos que la derecha toma la mayor cantidad de veces que puede en su agenda, que son el orden y el respeto por la autoridad. Así es que se propuso declarar la emergencia en seguridad, el combate total

contra el narcotráfico, la defensa al personal de seguridad en cuanto a plantear la presunción simple de la legítima defensa y hasta la construcción de una cárcel de máxima seguridad. Destaquemos también que en las elecciones se votó por un plebiscito de reforma constitucional en materia de seguridad. Denominado “Vivir sin miedo” este proponía cuatro ejes principales: la creación de una Guardia Nacional conformada por miembros de las Fuerzas Armadas; exigencia en el cumplimiento de las penas, evitando salidas anticipadas por delitos graves; la posibilidad de la cadena perpetua; y la autorización para realizar allanamientos en la noche por parte de las Fuerzas de Seguridad, hecho que está prohibido por la Constitución Nacional. Este plebiscito, impulsado por Jorge Larrañaga quien salió en tercer lugar en la interna del Partido Nacional, obtuvo un 46% de los votos a favor en la elección de octubre. A pesar de no haberse aprobado, muestra la voluntad de una ciudadanía preocupada en materia de seguridad.

Ahora bien, como destacamos la agenda de la inseguridad no es algo novedoso. En campañas anteriores también estuvo presente. Entonces, qué otro factor pudo colarse en la agenda electoral que permitió inclinar la balanza hacia la Coalición Multicolor. En materia económica podemos tener otra clave. Uruguay mantuvo un crecimiento ininterrumpido durante dieciséis años que permitió que ese tema no fuera central en la discusión electoral de años anteriores, sin embargo, en 2019 no pasó lo mismo. Durante 2018 la economía creció menos de lo esperado y en 2019 prácticamente no creció, esto se debió en parte por la dependencia en términos económicos que Uruguay tiene con la región. Destaquemos que sus dos países vecinos, tanto Argentina como Brasil, sufrieron fuertes devaluaciones en estos dos años. Así es como estos dos temas se volvieron agenda en plena campaña electoral y fueron muy bien canalizados por la propuesta electoral multicolor. El “Acuerdo por el País” así lo refleja en su punto número uno con la propuesta de construir un gobierno con las cuentas en orden.

Los últimos gobiernos no supieron administrar la abundancia de la que se beneficiaron. A pesar de que dispusieron de más dinero que ningún otro gobierno en la historia nacional, hoy tenemos un déficit fiscal que no para de crecer, una inflación fuera de los límites fijados por el propio gobierno y una deuda que crece a un ritmo insostenible. Las necesidades fiscales, traducidas en aumentos de impuestos y tarifas, en emisión de deuda y en atraso cambiario, han puesto contra las cuerdas al sector productivo, lo que derivó en cierre de empresas y pérdida de puestos de trabajo. (2019:3)

Una vez más vemos como la temática impuesta por el Consenso de Washington, y muchas veces naturalizada, se sobrepone en las agendas. El famoso déficit fiscal que construye sentido con la base de que no gastar más de lo que se recibe y que bajando la inflación, la economía de una nación se puede solucionar de un día para otro. Y así fue lo que propuso Lacalle Pou. Bajar el déficit fiscal, una administración “inteligente” que identifique ineficiencias permitiendo ahorrar, reducción del personal estatal, entre tantas otras propuestas que nos resultan familiares en este tipo de discursos.

Otra cuestión que resulta interesante pensar es qué imagen presentaban los principales candidatos. Luis Lacalle Pou construyó su imagen ante el electorado como algo nuevo. Sus cuarenta y seis años frente a la edad de los demás candidatos a presidentes, lo

mostraban como un perfil joven que permitía la posibilidad de oxigenar las filas del Partido Nacional pero también de la política en general. Es el caso de Daniel Martínez candidato a presidente del Frente Amplio que con sesenta y dos años distaba mucho de mostrarse como algo joven, e incluso si analizamos los dos dirigentes frenteamplistas más importantes por el hecho de haber sido presidentes veremos algo similar. Tabaré Vázquez con sus ochenta años y José Mujica con sus ochenta y cinco. Lo mismo se puede apreciar en el Partido Colorado, que además de haber tenido una caída electoral importante en todas las elecciones desde 2009, su candidato Ernesto Talvi también superaba los sesenta años. Esto no implica una cuestión valorativa a la edad, donde se pueda plantear que si uno es más joven, es mejor. Pero sí, el recambio generacional es un factor que influyó en la victoria del Partido Nacional a manos de Lacalle Pou y su coalición Multicolor.

Por supuesto, como destacamos antes, no se puede plantear que esta elección haya marcado el fin de la izquierda en Uruguay. Más bien, plantea un nuevo desafío para el bloque progresista. El margen pequeño de votos que consagró la victoria de Lacalle Pou parece ser más coyuntural y de una buena estrategia electoral que una cuestión estructural. Si comparamos los números de las últimas elecciones veremos que el Frente Amplio logró mantener una cierta cantidad de votos y que el bloque de centroderecha también hizo lo mismo. En el ballotage del 2009, el Frente Amplio recibió 1.197.638 (54,63%) votos frente a 994.510 (45,37%) del Partido Nacional: en el ballotage del 2014, el Frente Amplio recibió 1.241.568 (56,50%) frente a 955.741 (43,50%); y en el último ballotage de 2019, los resultados fueron 1.152.271 votos (49,21%) para el Frente Amplio y 1.189.313 (50,79%) para el Partido Nacional. Como vemos, la variación de la cantidad de votos no es muy grande. El margen al ser tan pequeño nos permite pensar que el resultado muestra el factor de constancia que existe en la política de Uruguay, evitando las rupturas. Por supuesto el triunfo de Lacalle Pou no es lo mismo que lo que podría haber sido un triunfo del Frente Amplio. Sin embargo, como vimos a lo largo del artículo, es el propio sistema político uruguayo el que permite generar sus frenos y contrapesos evitando el tipo de gobiernos que se conocen como los que poseen un cheque en blanco otorgado por la ciudadanía para que puedan hacer lo que quieran.

Con estos factores fue que el primero de marzo de 2020 asumió Lacalle Pou como Presidente de la República de Uruguay. Difícil es poder saber en qué deparará el gobierno de coalición pero hay algunas cuestiones que pueden, en alguna medida u otra, ser influyentes en el futuro político uruguayo. Por un lado, la coalición de gobierno. Lacalle Pou armó un gabinete que representa la amplia diversidad de su coalición gobernante y que muestra la necesidad de mantener contento a todos los sectores de la coalición que le permitirán o no generar los cambios que su gestión se propone. Así es que nombró a Irene Moreira a cargo del Ministerio de Vivienda, la senadora es además esposa de Guido Manini Ríos quien fuera candidato a presidente en 2019 por Cabildo Abierto y luego electo senador. También aparece dentro del gabinete el senador Jorge Larrañaga quien, como mencionamos anteriormente, salió en tercer lugar en la interna presidencial del Partido Nacional y también impulsor del plebiscito “Vivir sin miedo”.

Otro actor destacado en este gabinete es Ernesto Talvi, que fue designado como Canciller. Este último nos presenta ciertas cuestiones a tener en cuenta, ya que él fue candidato a presidente por el Partido Colorado y competidor de Lacalle Pou en la primera vuelta del 2019. Fundó en 2018 el frente “Ciudadanos” quien se presentaba

como una novedad ante la caída electoral por parte del Partido Colorado en los últimos diez años. Su performance electoral demostró una capacidad de renovar a los sectores tradicionales del partido, obteniendo en las internas del 2019 casi cien mil votos frente a los sesenta mil votos que obtuvo el expresidente Sanguinetti. Esta situación mostró el apoyo del electorado de su partido, sin embargo, dos noticias en los últimos meses llamaron la atención. En primer lugar, luego de algunas discusiones con el Presidente Lacalle Pou por la cuestión de llamar o no al gobierno de Nicolás Maduro en Venezuela como una dictadura, llevó a que Talvi decidiera renunciar a su cargo. Desde el punto de la coalición de gobierno no implicó una ruptura, al menos, en el primer momento. Y segundo lugar, dos semanas después de haber anunciado su renuncia al cargo de Canciller, Talvi anunció su retiro de la política. Esta cuestión pone sobre la mesa una idea que sólo el tiempo podrá afirmar o refutar, si el Partido Colorado seguirá en una caída electoral aún mayor o podrá construir una alternativa más favorable para la ciudadanía uruguaya. Por lo pronto, este sector más nuevo queda sin la conducción de Talvi y el liderazgo de los colorados volvió en manos del expresidente Sanguinetti.

Sobre quien estará la lupa en el futuro político también es en el partido Cabildo Abierto. Como ya describimos, el sistema político uruguayo primero estuvo constituido durante más de tres cuartos del siglo XX por un bipartidismo colorado y blanco. Luego, con el crecimiento lento pero constante del Frente Amplio y con la modificación de la Constitución Nacional en 1996, se pasó a una composición política de dos bloques. Ahí está la clave para poder pensar de cara al futuro el rol que puede tener Cabildo Abierto. Un partido liderado por un exmilitar con un fuerte discurso en contra de la diversidad sexual y en contra de la inmigración, y que además, obtiene el 11% de los votos es una cuestión que merece en algún punto nuestra atención. Su discurso reaccionario se puede meter dentro de un concepto que a partir de la imagen del Presidente de Brasil, Jair Bolsonaro, se desprende en toda la región. Quizás la cuestión radica en cuánta capacidad va a tener esta derecha bolsonarizada de sobrevivir en el sistema político uruguayo y/o cuánta capacidad va a tener el sistema político de bloques para absorber este discurso y en cierta medida poder anularlo, mitigarlo o contenerlo.

Finalmente, quedan algunos interrogantes de cara a lo que viene en el futuro de la política uruguaya. Tanto para el oficialismo como para la oposición los desafíos están sobre la mesa. Lacalle Pou, al igual que todos los gobernantes, deberá sortear la pandemia y lo que quede de ella de la mejor manera; a su vez deberá tratar de realizar las transformaciones que desea llevar adelante, intentando que su coalición coopere de la mejor manera y con el desafío de que esta no se fracture ni se vaya por izquierda ni por derecha.

Para el Frente Amplio también vemos algunos desafíos, como poder recuperar esa mística que hizo de sus victorias consecutivas y crecimiento sostenido a lo largo de su historia, y también pensarse dentro una lógica de trasvasamiento generacional. Además también la posibilidad de asegurar su bastión, que es la intendencia de Montevideo, en las elecciones municipales establecidas para septiembre de este año.

Y por último no dejar de prestarle atención a un partido que plantea el desafío de ser disruptivo dentro el sistema político o no ser más que un evento coyuntural que el propio sistema uruguayo siempre ha contrarrestado. Dependerá del sistema político

uruguayo saber mantener esa política de acuerdos y sin sobresaltos que lo caracterizó a lo largo de su historia o sufrirá algunas transformaciones que el tiempo podrá mostrar.

Referencias bibliográficas:

- Arocena, Rodrigo. *Uruguay en la nueva ola de las izquierdas latinoamericanas*. Caracas: Revista Nueva Sociedad N°197, 2005.
- Compromiso por el País. Noviembre 2019. <https://s3.amazonaws.com/media2.cdn.elobservador.com.uy/112019/1573001207674.pdf>
- Garcé, Adolfo. *Uruguay 2009: de Tabaré Vázquez a José Mujica*. Santiago: Revista de Ciencia Política, volumen 30, N°2, 2010.
- García, Marco Aurélio. *Nuevos Gobiernos en América del Sur. Del destino a la construcción de un futuro*. Buenos Aires: Revista Nueva Sociedad N°217, 2008.
- Lanzaro, Jorge. *Uruguay: las alternativas de un presidencialismo pluralista*. Buenos Aires: CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, 2001.
- López, Andrés y Díaz Pérez, José Luis. *Tristezas y melancolías del capitalismo. Las transformaciones en la economía mundial y los países no desarrollados*. Buenos Aires: Realidad económica N°92/93, 1990. Capítulos 1 y 4.
- Moreira, Constanza. *La izquierda uruguaya en su laberinto: el Frente Amplio y sus desafíos*. Horizontes del Sur N°2, 2015.
- Paramio, Ludolfo. *Giro a la izquierda y regreso del populismo*. Buenos Aires: Revista Nueva Sociedad N°205, 2006.
- Ramírez Gallegos, Franklin. *Mucho más que dos izquierdas*. Buenos Aires: Revista Nueva Sociedad N°205, 2006.
- Ruiz Valerio, José. *Reformas estructurales y coaliciones presidenciales: el caso de Uruguay*. Madrid: IX Congreso Internacional del CLAD, 2004.
- Toer, Mario. *De Moctezuma a Chavez: repensando la historia de América Latina*. Buenos Aires: Ediciones Cooperativas, 2018.
- Torre, Juan Carlos. *El proceso político de las reformas económicas en América Latina*. Buenos Aires: Paidós, 1998.